

Mateo 2,1-12

Hemos visto su estrella y venimos adorarlo

La solemnidad de la Epifanía del Señor tiene un Evangelio propio que se lee todos los años. Es la narración de la llegada a Jerusalén de los magos que vienen de oriente guiados por la luz de una estrella para adorar al Niño Jesús y ofrecerle sus dones: oro, incienso y mirra. Tal vez nunca se expresa con mayor claridad la universalidad de la salvación aportada por Cristo que en este episodio. Queda muy claro que Israel, el pueblo elegido al cual había sido prometido el Salvador, cuando éste llegó, no lo reconoció; en cambio, estos hombres que vienen de oriente, cuando llegan ante el Niño Jesús, lo reconocen como rey y lo adoran: "Entraron en la casa; vieron al niño con María, su madre y, postrándose, lo adoraron". Durante su vida Jesús anunció esta misma paradoja: "Vendrán muchos de oriente y occidente y se pondrán a la mesa con Abraham, Isaac y Jacob en el Reino de los cielos, mientras que los hijos del Reino serán echados a las tinieblas de fuera" (Mt 8,11-12). Entre aquellos muchos que vendrán de oriente se cuentan los magos que la tradición conoce con los nombres de Melchor, Gaspar y Baltasar.

"Nacido Jesús en Belén de Judá, en tiempos del rey Herodes, algunos magos venidos de oriente llegaron a Jerusalén y preguntaban: '¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Hemos visto surgir su estrella y vinimos a adorarlo'". Pero ¿qué desilusión al observar que en Jerusalén nadie sabía nada! "Al oír estas palabras, Herodes y con él toda Jerusalén se turbaron". ¿Ignoraban lo que estaba ocurriendo en medio de ellos! Pero no ignoraban el significado de la pregunta formulada por los magos. El "rey de los judíos" era un título que quería decir mucho y no podía pasar inadvertido para un hebreo. Es el mismo que fue dado por Pilato a Jesús -de manera irónica, por cierto- para expresar la causa de su muerte en la cruz: "Jesús nazareno, rey de los judíos"; y así quedó escrito en todos nuestros crucifijos. Por eso Herodes se inquieta y convoca a los entendidos en las profecías, a los sacerdotes y escribas, para interrogarlos acerca de algo que, a primera vista, parece no tener relación con la pregunta de los magos: "¿En qué lugar debía nacer el Cristo?". Cristo no era todavía un nombre propio (así llamamos nosotros ahora a Jesús) y por eso en buen castellano la pregunta suena así: "¿Dónde está anunciado que tiene que nacer el Ungido del Señor?".

Herodes ha pasado a la historia como un hombre sanguinario y enfermo de celos por el poder, que no vacilaba en quitar de en medio a quienquiera pudiera disputarle el trono, aunque fuera su propio hijo. Pero al leer el relato queda la sensación de que un rey, con ejércitos a su disposición, no podía temer a un niño anónimo nacido en la minús-

cula aldea de Belén, aunque allí se hubiera anunciado que debía nacer el Ungido del Señor. Para comprender la matanza de todos los niños de Belén y sus alrededores, ordenada por Herodes, hay que conocer las Escrituras y captar la esperanza de salvación que había en Israel. Hay que remontarse muy atrás, más de diez siglos antes del nacimiento de Jesús.

En tiempos del profeta Samuel, cuando Israel se estaba organizando como nación y dándose sus instituciones, pidieron a Dios que les diera un rey, para que los gobernara, igual que las demás naciones. La cosa podía ser grave, pues era un dogma en Israel, que "Yahveh es Rey". La petición, sin embargo, fue concedida: "Dijo Yahveh a Samuel: Llena tu cuerno de aceite y vete. Voy a enviarte a Jesé, de Belén, porque he visto entre sus hijos un rey para mí" (cf. 1Sam 16,1ss). Cuando Samuel llegó a Belén convocó a Jesé y a sus hijos y fueron desfilando uno tras otro ante el profeta. Ante cada uno Samuel decía: "Sin duda está ante Yahveh su ungido". Pero Dios le decía: "No es este el elegido de Yahveh". Sólo faltaba el más pequeño, el que nadie habría elegido como rey, que estaba guardando el rebaño. Este era David. Fue llamado y cuando se presentó ante el profeta, Dios le dijo: "Levántate y úngelo, porque éste es. Tomó Samuel el cuerno de aceite y le ungió en medio de sus hermanos. Y a partir de entonces, vino sobre David el Espíritu de Yahveh". De guardar las ovejas David pasó a ser el gran rey que conoce toda la tradición bíblica. Antes era incapaz de esas hazañas; pero cuando, por medio de la unción, recibió el Espíritu de Dios, entonces pudo gobernar con fuerza y sabiduría. ¿Quién reinaba, Dios o David? Ambos. Reinaba David y reinaba Dios, que le había dado su espíritu. Israel esperaba un Ungido, nacido en Belén como David y lleno del Espíritu del Señor. Por eso Herodes temía, aunque el nacido en Belén fuera de origen humilde.

En su discurso en la sinagoga de Nazaret, una vez que Jesús hubo empezado su ministerio público, a modo de carta de identidad, lee este texto de Isaías: "El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido" (Lc 4,18). Jesús aclara de quién decía esto el profeta explicando: "Esta Escritura que acabáis de oír se ha cumplido hoy" (Lc 4,21), es decir, está dicha de mí.

Herodes dice a los magos: "Id e indagad cuidadosamente sobre es niño; y cuando lo encontréis comunicadme lo, para ir también yo a adorarlo". Pero ya sabemos que lo estaba engañando. Lo que quiere Herodes es eliminarlo. Su lucha es contra el Ungido del Señor, el Mesías, el Cristo. Su lucha es contra Dios mismo. A él se le deben citar las palabras del sabio Gamaliel acerca del anuncio del Evangelio: "Si la obra es de Dios no podréis destruirla" (Hech 5,39). La historia ha demostrado el desenlace de esta lucha: Herodes acabó tristemente y Cristo reina en el corazón de millones de hombres y mujeres. Esta misma historia se repite. Unos, venidos de oriente y de occidente reconocen a Cristo en medio de su

Iglesia y lo adoran, como hicieron los magos; otros, intentan destruirlo, como Herodes.

Al comenzar un nuevo año rogamos al Señor que brille su estrella y tenga lugar su Epifanía en cada uno de los fieles: "El Señor haga brillar su rostro sobre ti y te sea propicio; el Señor vuelva hacia ti su rostro y te conceda la paz" (Num 6,25-26).

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo Auxiliar de Concepción